

# La Tierra y la ecología integral

Mary C. Sullivan rsm (Americas)

«La Tierra y la ecología integral» es un tema enorme, y como esta reflexión está limitada a cinco (5) minutos, me abstendré de considerar muchos subtemas, y me centraré intensamente en la acción principal y urgente a la que la Familia de la Misericordia está llamada actualmente: **la conversión ecológica integral**.

Las Hermanas de la Misericordia y toda la Familia de la Misericordia hablan con frecuencia sobre la «conversión». Podemos pensar que ya hemos cedido a ella; podemos suavizar o limitar su significado, y pensar que «ya la hemos hecho».

Pero, frente a la degradación actual, generalizada y severa de la Tierra y los gritos de toda su vida vulnerable, ¿nos hemos entregado realmente a la profunda conversión ecológica que exigen estas realidades? ¿O, hasta ahora, sólo hemos retocado los bordes, hemos hecho algunas «cosas ecológicas» necesarias, pero relativamente convenientes —reciclado unas cuantas latas y bolsas de plástico— y luego nos hemos dormido en los laureles?

¿Hemos comprometido realmente nuestra vida personal y comunitaria a la conversión ecológica radical y continua que requiere la actual crisis climática? ¿Tratamos esta crisis como una *crisis*, como la crisis más grave y de mayor alcance que la Tierra haya conocido jamás, la crisis cuya magnitud y múltiples facetas causan tantas de las otras crisis que los pueblos de la Tierra y su vida creada están experimentando ahora? Para la mayoría de nosotros, la respuesta verdadera es probablemente «no».

Déjenme decirlo sin rodeos: lo que necesitamos abrazar más vigorosamente es un *cambio* profundo en la forma en que vivimos nuestras vidas como humanos y como Misericordia, un cambio en nuestras mentes, corazones y comportamiento humano. Un cambio en la forma en que entendemos la vida humana en esta Tierra, y en la forma en que nos relacionamos con toda la vida creada y los recursos de esta Tierra —esta Tierra del siglo XXI, no una «Tierra» obsoleta de la que aprendimos en la escuela primaria.

Como dice el Papa Francisco en *Laudato Si': Sobre el cuidado de la casa común*:

Muchas cosas tienen que reorientar su rumbo, pero ante todo *la humanidad* necesita cambiar. Se destaca así un gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración. (art. 202).

La conversión ecológica integral necesaria implicará tanto nuestro arrepentimiento continuo como nuestra entrega diaria a la acción transformadora del Espíritu Santo en nuestras mentes, corazones y hábitos.

Tendremos que superar nuestro dualismo espíritu-materia, nuestra distinción binaria alma-cuerpo, y nuestro egocentrismo que nos permite subyugar a la Tierra y separarnos de lo Sagrado y luego dominar y explotar los recursos de la Tierra.

Tendremos que ceder al Evangelio de Jesús de Nazaret tal como nos habla *hoy*, en los signos de *nuestros tiempos*.

Tendremos que leer o releer *Laudato Si'* y los Informes de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, y adquirir, independientemente de nuestra edad, nuevos códigos y puntos de vista ecológicos.

Tendremos que acercarnos y aprender de las organizaciones interreligiosas, interreligiosas y ambientalistas, y colaborar genuinamente con ellas en las peticiones de desarrollo ecológico en los presupuestos y la legislación de nuestros gobiernos.

Tendremos que dirigir persistentemente el dinero de la congregación hacia un compromiso con la energía renovable y la desinversión de los combustibles fósiles.

Tendremos que despertar audazmente a la acción a nuestras instituciones patrocinadas, y a nuestras diócesis y parroquias.

Y tendremos que examinar y cambiar —sí, cambiar— *nuestro propio* estilo de vida consumista, derrochador, irreflexivo, a menudo incluso extravagante —nuestro «egoísmo

Catalina McAuley no conocía la actual crisis climática y sus sufrimientos relacionados. No escuchó el preciso «grito de la Tierra y los gritos de los pobres» que escuchamos. Por lo tanto, ella no tenía un programa de respuesta a la Misericordia que pudiera transmitirnos.

Pero sí tuvo algunas ideas relevantes sobre la amplitud de la «vida común» inherente a nuestros votos de pobreza, y sobre la simplificación de nuestras vidas y las renuncias requeridas por el compartir misericordioso y el respeto por la Tierra y sus vidas vulnerables.

Como escribió en noviembre de 1840, «Nunca deseemos más que lo suficiente» (CCMcA, 366) —lo suficiente de cada cosa. Ella habría estado de acuerdo con Benedicto XVI: «comprar es siempre un acto moral, y no sólo económico» (*Caritas et veritate*, art. 66).

Clare Moore nos dice que en la calle Baggot, «todo lo que se compraba para el uso de las Hermanas era del tipo más pobre y sencillo, y ella nunca permitía que se acumulara nada en gran cantidad» (CMcATM, 114).

En 1838, cuando el párroco, en contra de su voluntad, cerró la pobre escuela que ella tanto había deseado, Catalina habló de las niñas abandonadas que merodeaban por las calles de Kingstown: «Dios sabe que preferiría tener frío y hambre que los pobres de Kingstown o de cualquier otro lugar se vean privadas de cualquier consuelo que podamos pagar» (CCMcA, 164).

Catalina sabía lo que es la solidaridad genuina y lo que la vida samaritana nos pide. Y podemos estar seguras de que su continua intercesión por nosotras, sus continuas súplicas con y por nosotras, está al día, no se limita a las necesidades que ella comprendió en la década de 1830, antes de que el planeta Tierra comenzara a colapsar en su actual degradación.

Sí, la conversión ecológica de nuestros estilos de vida personales y comunitarios a los que estamos llamados actualmente nos pellizcará. Pero ¿realmente necesitamos un sofá nuevo y otro juego de platos, otra blusa o collar nuevo, otro aparato de plástico, una película o una cena en un restaurante superior? ¿O lo que tenemos es «suficiente»? ¿Y dónde están *nuestros* paneles solares, aerogeneradores y coches eléctricos?

Probablemente necesitamos una nueva *teología* de la Misericordia, un nuevo *lenguaje* de la Misericordia y nuevas *imágenes* de la Misericordia para llevar en nuestros corazones como recordatorios vigorizantes de la profunda conversión ecológica a la que somos llamadas diariamente. ¿Qué tal si adoptamos una **teología de lo suficiente**? ¿Qué tal si hacemos de la «**conversión ecológica**» un tema constante en nuestra contemplación diaria? ¿Y qué tal si ponemos firmemente ante nuestros ojos y nuestros corazones la **imagen desgarrada de nuestra hermana Tierra medio muerta**, herida y robada en el camino de Jerusalén a Jericó?

La Familia de la Misericordia tiene una larga tradición de Quedarse en Vela: permaneciendo en oración junto a la cama de hermanas gravemente enfermas, rogando a Dios que las sane.

Llevemos ahora nuestra querida Tierra herida y sus pueblos sufrientes a la Posada de la Misericordia de nuestras vidas y hogares. Arrodillémonos al lado de su cama, decididas a cambiar nuestros caminos, y roguemos al Mesonero Misericordioso que nos ayude a cuidarla.

Nuestra Tierra pobre y enferma y toda su vida creada necesitan esta humilde vigilancia hoy, no «algún día cuando nos acerquemos a ella». Entonces tal vez sea demasiado tarde para la curación.